

# LA MEDIACIÓN SALVADORA DE LA CRUZ EN LOS MANUALES ITALIANOS DE CRISTOLOGÍA

ANTONIO DUCAY

No hay duda que existe actualmente en la Iglesia una cierta expectación por la llegada del tercer milenio. Estamos, ciertamente, atravesando su umbral bajo el signo de una nueva esperanza de madurez cristiana. Tal vez por eso puede ser conveniente dar un vistazo al umbral por última vez, antes de adentrarse en el largo camino milenario. Un umbral que para la Iglesia dura desde el último Concilio<sup>1</sup>, puesto que en él se han querido poner las bases para este nuevo futuro del que hablamos. Entre ellas es oportuno recordar ahora que el concilio deseaba «una progresiva apertura del espíritu hacia el misterio de Cristo, el cual compenetra toda la historia del género humano»<sup>2</sup>.

Mirar hacia atrás, hacia el umbral, significa —entre otras cosas— ver de qué manera se ha presentado y se presenta hoy en la Iglesia el misterio de Cristo, cuáles han sido las ganancias y adquisiciones y qué puntos permanecen todavía poco claros o discutidos; significa en definitiva una cierta actitud de balance. En estas páginas pretendemos aportar un granito de arena dentro de esta actitud general de balance. Para ello concentramos nuestra atención sobre un punto preciso y concreto pero, a la vez, central: la Cruz de Cristo. Nos interesa ver qué se enseña hoy sobre el sentido salvador de la Cruz en los estudios institucionales, para calibrar cuáles son las líneas de fuerza que atraviesan el argumento y lo estructuran. La reflexión sobre la Cruz ha sido siempre determinante en la concepción global de la

---

1. «El Concilio es el gran inicio —como el Adviento— del itinerario que nos conduce al umbral del tercer milenio». JUAN PABLO II, Enc. *Ut unum sint*, 25.V.95, n. 100.

2. *Optatam Totius*, 14.

soteriología cristiana y ha poseído y posee un notable influjo en el campo de la espiritualidad. De ahí la importancia de seguir con atención el *discursus crucis* y su sistematización didáctica. Precisamente para mantenernos en el terreno de la enseñanza de la teología tomaremos como fuente de este estudio los manuales elaborados por teólogos italianos en los últimos veinticinco años<sup>3</sup>.

A pesar de la limitación de nuestro objetivo nos hemos situado ante uno de los temas fundamentales de la soteriología<sup>4</sup>, nos interrogamos por el sentido de la muerte de Cristo en el plan salvador de Dios, por la relación de su Cruz con nuestra salvación. Somos conscientes que la respuesta íntegra a esta cuestión supera todo posible discurso humano, precisamente en cuanto hunde sus raíces en el misterio mismo que es Dios. Sin embargo, la misión de la teología y del teólogo es acercarse al exceso de luminosidad de esta respuesta y tratar de sacar siempre de ella una nueva fecundidad. Ciertamente, no olvidamos tampoco que hablar de la Cruz no es posible sin considerar a la vez la gloriosa Resurrección y Ascensión a los cielos de Nuestro Señor Jesucristo; sin referirse igualmente al futuro de bienaventuranza que esperamos cuando venga Nuestro Salvador y Señor... y, en definitiva, al misterio de Cristo en toda su extensión y plenitud. Pero también es cierto que, dentro de la historia de la salvación, el misterio de la Cruz tiene su momento y su especificidad. ¿Cómo se contempla este misterio en los manuales de cristología?: ésta es la cuestión.

### 1. *Introducción: Cruz, historia, Alianza*

Para introducirnos en el tema conviene hacer alguna consideración que pueda servir de ambientación, de telón de fondo de la exposición. En-

---

3. Los manuales tienen particular importancia porque aspiran a plasmar de modo orgánico el misterio de Cristo en su totalidad y porque, al menos en teoría, no pueden desentenderse de la claridad conceptual ni de la necesidad de formar teológicamente al lector. Me limito sólo al área italiana, tanto por la necesidad de buscar una cierta unidad eclesial de contexto que facilite la valoración de las diversas posiciones, como por la abundante producción manualística en los últimos años en esta lengua.

4. «Por qué la primigenia voluntad de perdón por parte de Dios no opera simplemente, bajando «vertical desde arriba», el perdón de la misma manera e independiente en todos los puntos del tiempo y del espacio, sino que sale al paso al hombre partiendo de un determinado acontecimiento histórico, que es la causa del perdón...; ahí está el verdadero problema, por lo menos para entender la soteriología cristiana en la situación actual». K. RAHNER, *Redención*, en «Sacramentum Mundi», vol. V, Herder, Barcelona 1976-1978, p. 770.

tre las muchas notas que pueden caracterizar este telón hay dos que, a mi juicio, son más importantes. En primer lugar la preocupación de la cristología italiana en su conjunto por recuperar la dimensión histórica de la cristología, por conseguir que la reflexión sobre Cristo y su obra salvadora camine «pegada» a la vida y el destino de Jesús tal como lo presentan los Evangelios. De ahí que a la hora de ver y valorar el significado salvador de la obra de Cristo, la atención de un buen número de teólogos italianos se dirija no sólo hacia el quién, hacia el sujeto que nos salva, sino también hacia el modo histórico concreto, hacia el acontecimiento en el que esa salvación «ocurre».

La segunda característica de nuestro telón de fondo es el tema de la Alianza. Es sabido que se trata de una categoría bíblica central, que ha contribuido no poco a renovar la teología contemporánea. Esta categoría tiene objetivamente que ver con el tema de la Cruz, pues ya Nuestro Señor identificó la Alianza con su cuerpo dado y su sangre derramada (Lc 21, 20). Pero además, resulta particularmente apropiada para nuestro propósito, porque sirve de punto de referencia a las diversas posiciones y aún a la gran variedad de perspectivas desde las que se afronta en los manuales el tema de la Cruz. Esto es posible porque la noción de Alianza se relaciona con una gran cantidad de conceptos. Ideas como revelación, historia de la salvación, comunión entre Dios y el hombre, pecado, etc., tienen mucho que ver tanto con la Antigua como con la Nueva Alianza. Asimismo algunas figuras bíblicas de la mediación (el rey, el sacerdote, el profeta) se encuadran perfectamente en el tema de la Alianza, de la que son mediaciones y a la que, en definitiva, sirven.

Podemos entonces exponer las distintas posiciones al amparo de la noción de Alianza<sup>5</sup>. Queremos fijarnos, en particular, en que la Alianza

---

5. Tendremos en cuenta en nuestro estudio los siguientes manuales: A. AMATO, *Gesù il Signore, Saggio di cristologia*, Dehoniane, Bologna 1991; J. BACIOCCHI, *Gesù di Nazaret*, Dehoniane, Bologna 1977; D. BERTETTO, *Gesù Cristo, autore di salvezza: cristologia e soteriologia*, Pro Sanctitate, Roma 1975; M. BORDONI, *Gesù di Nazaret. Signore e Cristo*, 3 vols., Herder-PUL, Roma 1982-1986; P. CODA, *Dio tra gli uomini: breve cristologia*, Piemme, Casale Monferrato 1991; A. CONTRI, *Gesù Cristo, Figlio di Dio e Salvatore: saggio di cristologia patristico-storica e teologico-sistemática*, Elle-Di-Ci, Torino-Leumann 1985; V. CROCE, *Gesù di Nazaret, Signore e Servo. Una cristologia di base*, Elle-Di-Ci, Torino-Leumann, 1993; B. FORTE, *Gesù di Nazaret, storia di Dio, Dio della storia*, Paoline, Roma 1981; R. LAVATORI, *L'unigenito dal Padre*, Dehoniane, Bologna 1983; B. MONDIN, *Gesù Cristo salvatore dell'uomo*, Studio Dominicano, Bologna 1993; P. PIPPO, *Cristologia*, Piemme, Casale Monferrato 1991; C. PORRO, *Gesù il Salvatore. Iniziazione alla cristologia*, Dehoniane, Bologna 1992; L. SERENTHÀ, *Gesù Cristo rivelatore del Padre*, Ut unum

supone la intervención de Dios en la historia humana para revelarse como salvador del hombre y exigirle, a su vez, fidelidad a esa salvación. En esta relación, la revelación de Dios es, a la vez, la salvación del hombre; no son magnitudes separables ni, mucho menos, alternativas<sup>6</sup>. La Nueva Alianza, siendo el culmen y plenitud de la Antigua, comporta la definitiva Revelación de Dios, como Trinidad que salva al hombre y le llama a la comunión definitiva con Él. Ahora bien, esto sucede principalmente en los acontecimientos pascuales. En ellos, Cristo revela la relación salvadora del Dios Trino con los hombres y, a su vez, con su entrega al Padre, introduce a los hombres en el seno trinitario. La Cruz puede ser contemplada, entonces, acentuando más el primer momento o el segundo, puede considerarse desde la óptica de la revelación de Dios en Cristo o de la mediación salvadora que introduce a los hombres en Dios. En ambos casos la Cruz media nuestra salvación pero las perspectivas son diferentes. Por eso hemos procurado distinguirlas.

## 2. *La Cruz desde la óptica de la mediación en la Alianza*

En esta sección examinamos a los autores que contemplan la Cruz en la perspectiva de la relación religiosa entre Dios y el hombre mediada por Cristo. Se caracterizan por una visión dialógica e interlocutoria de la Alianza, en la que el elemento humano adquiere un particular protagonismo. La mirada se centra en la posición mediadora de Cristo en la Alianza y en su relación con el Padre y con los hombres.

---

sint, Milano 1977; M. SERENTHÀ, *Gesù Cristo, ieri, oggi e sempre*, Elle-Di-Ci, Torino-Leumann 1986. No consideramos los manuales de G. MOIOLI (*Cristologia. Proposta sistematica*, Glossa, Milano 1989) y F. ARDUSSO (*Gesù Cristo Figlio del Dio vivente*, Paoline, Roma 1992) en nuestro trabajo, puesto que su planteamiento es más fundamental que dogmático, y al considerar la Cruz desde el área de la credibilidad de la fe introducen nuevas problemáticas que merecen un estudio aparte.

6. Se trata de una adquisición teológica central en el movimiento de renovación de la teología que precedió el Concilio. Escribía entonces Y. CONGAR: «Gli studiosi della Bibbia si trovano sempre più in accordo nel riconoscere che la Rivelazione ha avuto luogo essenzialmente nel quadro di una storia, e che questa storia è essenzialmente «economica» o «funzionale»: non vi è rivelazione del mistero di Dio e di Cristo se non nella testimonianza a noi trasmessa su ciò che hanno compiuto e compiono *per noi*, e cioè nel rapporto che hanno con la nostra salvezza». *Cristo nell'economia salvifica e nei nostri trattati di teologia dogmatica*, «Concilium» 2 (1960), 20.

a) *Lavatori: la Cruz, instauración de la Nueva Alianza*

La cristología de Lavatori madura en un ambiente catequético, caracterizado por la exigencia de transmitir eficazmente la fe. Su trabajo se dirige, por tanto, a facilitar el encuentro con Cristo, comunicando la alegría y belleza de participar del mensaje cristiano. Estos objetivos no restan, sin embargo, seriedad teológica ni originalidad a su manual, en el que hay que destacar la elección de la filiación divina de Cristo como categoría básica de toda la exposición<sup>7</sup>.

Para darnos un cuadro del sentido y posición de la Cruz en la Nueva economía de salvación, Lavatori se sirve de los modelos y parámetros de la Antigua Alianza, en particular, de las tres figuras clásicas de mediación. Procede, de este modo, a considerar los aspectos proféticos, sacerdotales y regios de la Cruz, tratando de desbrozar en ellos la riqueza teológica del misterio y de presentar la Nueva Alianza como consumación de la Antigua.

Bajo el prisma del aspecto profético, la muerte de Cristo se presenta como revelación del amor, de la justicia y de la sabiduría de Dios. El amor se pone en relación con la iniciativa del Padre de entregar su Hijo a los hombres; en ella Dios nos da su propia Paternidad, que se hace eficaz en la Cruz. Es ahí, en efecto, donde somos hechos hijos adoptivos del Padre. Pero este don tiene sus exigencias, debe conformarse con Dios mismo y su justicia. Por eso, Cristo carga en la Cruz con los pecados de los hombres y sufre sus consecuencias, para destruir con su santidad la potencia del pecado<sup>8</sup>. Así, a través de la Cruz, Dios puede entregarse de un modo nuevo a una humanidad limpia, lejana del pecado y de la autosuficiencia. Es un nuevo inicio, inasequible a la imaginación humana pero al alcance de la Sabiduría de Dios. Dios puede hacer surgir la salvación y la vida eterna del abandono de Cristo en manos del Padre, de su debilidad e, incluso, de la violencia de sus verdugos. Así muestra al hombre la necesidad de la humildad, del abandono y de la confianza en Él.

La dimensión sacerdotal, ampliamente testimoniada en la Escritura, se basa en la verdadera humanidad del salvador<sup>9</sup>. Cristo realiza su sacrificio, fundado interiormente en la obediencia y santidad de su humanidad

7. R. LAVATORI, *L'unigenito dal Padre*, Dehoniane, Bologna 1983. El mismo título es de por sí indicativo de cuanto decimos.

8. Cfr. *ibid.*, p. 368.

9. Cfr. *ibid.*, p. 390.

y exteriormente en el derramamiento de su sangre. De este modo, Jesús cumple el acto supremo de adoración y glorificación del Padre y restablece la verdadera relación que liga al hombre con Dios. Pero esta relación es vida para el hombre. Lavatori lee en la sangre de la Cruz el signo bíblico de la vida y de la comunión de Dios; dones que se nos entregan igualmente en el banquete sacrificial de la Eucaristía.

Finalmente, la dimensión real y pastoral del misterio consiste en la liberación de los hombres y en su recreación. Este autor expresa el aspecto objetivo de la liberación desde la perspectiva patristica y escolastica de lo salvado y lo asumido. Así, la muerte de Jesús es objetiva posibilidad de separación del pecado para todos, porque ha sido asumida por Él como culmen de su vida santa y entregada. Por ello es también fuente de libertad y liberación de la ley y del diablo. La liberación concreta se actúa por la fe y el Bautismo, a través de los cuales nos apropiamos de la salvación.

En resumen, para Lavatori, la Cruz es la realización definitiva de la Alianza. Es, sobre todo, don de Dios y de su Paternidad a los hombres y, a la vez, respuesta humana de adoración, glorificación y expiación de los pecados. En la Cruz, no solamente Dios, sino también el hombre —en Cristo— participa en la actuación de la salvación. Y ello en conformidad con la naturaleza de la Alianza, que es Pacto, acuerdo de dos en reciprocidad mutua, aunque la iniciativa sea sólo divina. En Cristo se unen la iniciativa salvadora de Dios y su respuesta humana, dos voluntades que se encuentran totalmente unidas actuando la obra de la Redención<sup>10</sup>.

b) *Amato y Mondin: la Cruz, perfecta reconciliación de Dios y el hombre*

Se podría decir que el manual de Amato<sup>11</sup> es una cristología de la gloria, y no sólo porque el título suscite espontáneamente una imagen gloriosa de Cristo, sino porque el autor está muy atento a captar e integrar en Cristo sus aspectos humanos y divinos, delineando una imagen que transmite humanidad y majestad. Tal vez no sea ajena a este modo de contemplar la figura del Señor la formación del autor en el campo de la teología ortodoxa y su contacto con la cultura oriental.

Amato dedica pocas páginas a la teología de la muerte de Jesús. En ellas, repasa brevemente algunas de las categorías bíblicas y teológicas —redención, expiación, satisfacción— que expresan el contenido salvador

---

10. Cfr. *ibid.*, p. 399.

11. A. AMATO, *Gesù il Signore. Saggio di cristologia*, Dehoniane, Bologna 1991.

del misterio. Tratando de resumir brevemente todos estos aspectos, el autor se coloca a la zaga de Galot: en la muerte de Cristo se realiza la reparación por el pecado de la humanidad<sup>12</sup>.

Esta reparación tiene su raíz en la pasión de Dios por el hombre, en su deseo de levantarlo de la ruina y de la miseria del pecado<sup>13</sup>. Dios, herido por la infeliz condición de la humanidad, acude a salvar al pecador, se encarna para hacerse totalmente perdón. Pero la realización histórica del perdón comporta la participación de la humanidad en él, de modo que Jesús nos representa, por su condición de Verbo encarnado, para ofrecer al Padre la humildad y la obediencia de la humanidad. Así tiene lugar la reconciliación perfecta entre Dios y el hombre, que permite a la humanidad participar para siempre de la comunión divina.

En una línea semejante está el trabajo de Mondin<sup>14</sup>. Siguiendo a Guardini, este autor ve el designio del Padre sobre la Cruz condicionado a la aceptación mesiánica por parte del pueblo de Israel. La Cruz es necesaria porque el pueblo rechaza a Jesús, no acepta su mesianismo ni su Reino, de modo que la redención se orienta, entonces, por el camino del sacrificio. Así considerada, la Cruz es el fracaso de la causa de Dios en el mundo y el acto más vil de la humanidad. Pero precisamente a través de ese abajamiento y humillación, Dios redime el mundo. La entrega de Cristo en la Cruz es instrumento de la Redención: la gran manifestación del amor del Padre a los hombres, su gran gesto sacrificial y, a la vez, la obra de reparación por los pecados. Jesús satisface al Padre desde nuestro lugar: con su Pasión y Muerte cumple nuestra pena; por su amor y obediencia restablece el orden violado por el pecado y el honor de Dios. De esta forma se obra la reconciliación entre Dios y el hombre y resplandecen también la misericordia y la justicia de Dios a través de la Cruz.

c) *Bertetto: la Cruz, camino abierto por Cristo hacia el Padre*

El amplio manual de Bertetto constituye uno de los primeros intentos de manual realizados después del concilio<sup>15</sup>. Su planteamiento se en-

12. Cfr. *ibid.*, p. 430.

13. «Quando il peccato dell'uomo tocca Dio, la sua carica negativa di odio, di dolore, di morte e di tradimento produce una straordinaria reazione di perdono, di amore, di vita e di amicizia più grande della offesa subita». *Ibid.*, pp. 430-431.

14. B. MONDIN, *Gesù Cristo salvatore dell'uomo*, Studio Dominicano, Bologna 1993.

15. D. BERTEETTO, *Gesù Cristo, autore di salvezza: cristologia e soteriologia*, Pro Sanctitate, Roma 1975.

cuentra a caballo entre la forma más deductiva y demostrativa del manual preconciliar y la forma más fundamentativa e integradora del período sucesivo. El estudio del misterio de la Cruz está incluido entre los misterios de la vida de Jesús y desarrollado según los principales conceptos usados por Sto. Tomás en la importante cuestión de la Suma sobre la causalidad salvífica de la Cruz.

La Pasión y Muerte de Jesús se consideran aquí bajo las categorías de redención, satisfacción vicaria, mérito y sacrificio cruento, que el autor explica con profusión de distinciones. Jesús nos rescata del poder del diablo al precio de su sangre; satisface vicariamente por nosotros con sus sufrimientos ofrecidos por amor y para reparar a la justicia divina por nuestros pecados; ha merecido *de condigno* nuestra salvación por sus acciones humanas dignificadas por la Persona divina y, especialmente, por su Pasión; finalmente, ha ofrecido el sacrificio cruento de su muerte como Pacto de Alianza entre Dios y los hombres.

Bertetto se detiene particularmente en la categoría de satisfacción, definida como «la voluntaria, amorosa, obsequiosa aceptación y realización de la pena, debida al pecado, y del sufrimiento, para ofrecer a Dios un homenaje personal»<sup>16</sup>. Jesús ha hecho esto en nombre y en favor nuestro. Ha reparado el orden violado por el pecado en su doble dimensión de culpa (ofensa) y de pena (castigo) mediante la aceptación amorosa del castigo que nos correspondía. De ahí que su satisfacción sea vicaria. Bertetto precisa además, que el Padre no ha impuesto a Jesús el sacrificio de la Cruz, sino que lo ha querido con «voluntad de beneplácito»<sup>17</sup>, a la cual Jesús se ha sometido voluntariamente por amor. Jesús, en definitiva, ha soportado amorosamente la pena de nuestros pecados, en la inocencia y unidad con el Padre.

### 3. *Serenthà: de la Cruz como mediación a la Cruz como Revelación*

La propuesta de M. Serenthà, se caracteriza —entre otros aspectos— por su atención a los interrogantes que la cultura actual plantea a la cristología<sup>18</sup>. Desde ellos, como veremos, este autor entra en cierta dialéctica con las propuestas que acabamos de exponer.

16. *Ibid.*, p. 423.

17. *Ibid.*, p. 425.

18. M. SERENTHÀ, *Gesù Cristo, ieri, oggi e sempre*, Elle-Di-Ci, Torino-Leumann 1986. Su manual se beneficia de la reflexión cristológica de G. Moiola y de los trabajos de su hermano Luis, ambos ya fallecidos. Nos referimos a G. MOIOLI *Cristologia. Proposta sistematica*, «pro manuscripto», Milano 1978 y L. SERENTHÀ, *Gesù Cristo rivelatore del Padre, Ut unum sint*, Milano 1977.

La Resurrección es el centro de la cristología de Serenthà. Iluminado por la luz de la Resurrección, el misterio de Cristo nos desvela la salvación de Dios, la vida eterna que se comunica a los hombres. Desde esta perspectiva optimista y gozosa, Serenthà contempla el misterio de la Cruz, con los problemas que plantea a nuestra cultura y que «no pueden ser evitados en modo alguno»<sup>19</sup>. Se trata, en particular, de deshacer una cierta imagen justiciera y vengativa de Dios Padre, que se ha difundido al amparo de una cierta teología post-tridentina, probablemente por haber tratado de explicar el valor salvador de la Cruz con la sola categoría de la satisfacción vicaria. ¿Dios necesita verdaderamente una muerte en la Cruz para ser aplacado?<sup>20</sup>: así podría resumirse la primera pregunta a la que Serenthà quiere enfrentarse. Del mismo modo, la cultura actual se interroga sobre el sentido del dolor y su permisión por parte de un Dios del que se afirma el infinito poder y la bondad (¿por qué Dios no impide el mal?, ¿no le preocupa el sufrimiento humano?). Finalmente, en el contexto iluminista de la emancipación del hombre, se puede cuestionar a quién corresponde la liberación del mal y del dolor, si al hombre mismo o a Dios (y, en consecuencia, la necesidad de una praxis humana de liberación).

No es sencillo en el espacio de un manual dar respuestas completas a preguntas tan generales y complejas. Se pueden dar, en cambio, orientaciones o indicaciones que eliminen los obstáculos y muestren la línea o líneas de respuesta. Esto es lo que, a mi juicio, trata de hacer Serenthà. Para deshacer el equívoco sobre la imagen de Dios Padre, analiza las nociones bíblicas y teológicas que iluminan el misterio de la Cruz, es decir, las categorías de sacrificio, redención, satisfacción y mérito. Se trata de subrayar su aspecto descendente para mostrar la misericordia de Dios hacia nosotros. Sin duda, la tarea es más sencilla para las dos primeras categorías: en el sacrificio de Cristo, Dios entrega a su Hijo por nosotros; en la redención nos rescata con la victoria de Cristo. El Padre no es tanto el destinatario del sacrificio cuanto su sujeto: Quien se sacrifica por nosotros dándonos a su Hijo<sup>21</sup>; Quien nos redime y libera en su Hijo de la esclavitud del pecado y del demonio.

19. M. SERENTHÀ, o. c., p. 349.

20. «(...) questi è davvero un Dio che per placarsi ha bisogno della morte di Croce? Perché il Padre celeste ha voluto concedere la salvezza agli uomini mediante prestazioni così dolorose da parte del Figlio suo? Se le sofferenze di Gesù servono per riparare l'offesa inferta dal peccato alla giustizia divina, quella di Dio è una giustizia così esigente, così inflessibile?» Ibid., p. 349.

21. Cfr. *ibid.*, p. 354.

El aspecto descendente de las dos últimas categorías resulta más problemático, debido a su mayor carga dialéctica: se satisface a alguien a quien se ha ofendido, se merece de alguien un premio. Serenthà no quiere dar a estas nociones el sentido de que Cristo repara al Padre lo debido por nuestros pecados o que recibe de él un premio. Una lectura de ese estilo corre siempre el peligro de recaer en la imagen de Dios que se quiere evitar. Por eso prefiere caminar en la dirección de una reinterpretación de estas categorías que ponga de manifiesto su contenido profundo. La idea de satisfacción se basa en la contemplación del camino elegido por Dios para nuestra salvación; en el hecho de que Cristo realiza su obra salvadora desde dentro de la condición humana sufriente; no liberando al hombre desde el exterior, desde fuera de su condición, sino internamente, mediante el empeño de su propia libertad en el sufrimiento. De modo análogo, la idea de mérito destaca sobre todo el aspecto obediente, de aceptación del querer del Padre, que caracteriza la entrega de Cristo en la Cruz. Cristo cumple objetivamente ese querer del Padre.

De este modo todas las categorías subrayan la unión entre el Padre y el Hijo. El Padre dándonos al Hijo se nos da Él mismo. Dios comparte hasta el final la historia de sufrimiento y muerte del hombre y le muestra hasta dónde llega su amor por Él: Cristo hace «lo bastante» (*satis-facit*) para mostrarnos todo esto desde el interior de nuestra condición sufriente, realizando objetivamente (mereciendo) nuestra salvación<sup>22</sup>. Dios, en definitiva, no se nos presenta como el Dios justiciero que necesita de una muerte para ser aplacado, sino como el Dios de la vida, que toma sobre sí el peso de la muerte para superarla con su amor y darnos la salvación y la vida.

Afirmado lo anterior, Serenthà pasa a hablar de su segunda preocupación: ¿cómo se relaciona Dios con el dolor humano? En la Cruz vemos que Dios ha cargado con el dolor y lo ha vencido con la Resurrección de Cristo. Ha querido solidarizarse con nosotros en el sufrimiento<sup>23</sup>, y cancelar, por la vía de la solidaridad del inocente con los pecadores, nuestras culpas; ha mostrado que ciertamente Él se preocupa de nuestros sufrimientos, se coloca al lado nuestro y de parte del que sufre. En el sufrimiento, por tanto, es posible solidarizarse con Cristo y encontrar a Dios. Se produce así un cambio en el sentido del dolor humano, que puede perder su carga hermenéutica negativa y transformarse en participación en la Cruz de

---

22. Cfr. *ibid.*, p. 366. Sigue a Serenthà en esta reinterpretación P. PIOPPO, *Cristologia*, Piemme, Casale Monferrato 1991.

23. Serenthà rechaza el concepto de vicariedad de Cristo por considerar que Jesús «no nos sustituye en nada». *Ibid.*, p. 372.

Cristo y en su destino de Resurrección. También aquí, no es el dolor la última palabra, sino la Vida.

Se abre entonces la tercera cuestión: si la salvación, la Vida que supera el sufrimiento, viene de Dios, y Dios mismo da sentido al sufrimiento, ¿cuál es el papel de la actividad humana, de su actuación práctica para conseguir un mundo mejor y nuevo? Serenthà conjuga la redención que Dios da al hombre y la autonomía humana a través de la necesidad de una liberación de la libertad. Dios, con su don, libera la libertad humana, de modo que el hombre pueda realizar una historia de liberación, capaz de abarcar todos los niveles humanos. La Cruz, celebrada a través de los sacramentos de la Iglesia, recuerda al cristiano que el camino de la liberación es de sacrificio, de dar la propia vida por los demás.

En resumen, este autor subraya el aspecto solidario y descendente del misterio. Dios, en su misericordia, ha querido tomar la Cruz y mostrarnos a la vez su amor, el destino de gloria hacia el que nos llama y el camino de sacrificio que exige. Pero la «via Crucis» no es una exigencia vindicativa de Dios. Dios mismo la recorre en Jesucristo para participarnos el perdón de nuestros pecados y la salvación. El planteamiento de Serenthà, centrado casi por completo en el aspecto descendente del misterio, se aparta de las propuestas que acabamos de considerar y nos conduce hacia otras, hacia la óptica de la Cruz como revelación de Dios. De paso, nos ilumina sobre los motivos de este cambio de orientación.

#### 4 *La Cruz desde la óptica de la revelación de Dios*

Consideraremos en esta sección la visión estauroológica de B. Forte, M. Bordoni y P. Coda. Procuraremos hacer también una breve presentación de los intereses cristológicos generales de estos autores para, a partir de ellos, ver el modo como enfocan nuestra cuestión concreta.

- a) *Forte: en la Cruz, Dios absorbe en su vida «ab intra» la injusticia del mundo*

La cristología de B. Forte<sup>24</sup> tiene por marco general el tema de la historia. La historia es dinamismo y libertad, elección libre y flujo y deve-

---

24. B. FORTE, *Gesù di Nazaret, storia di Dio, Dio della storia*, Paoline, Roma 1981. Una recensión crítica de la cristología de Forte se puede encontrar en esta misma revista. Cfr. L. F. MATEO SECO-J. L. BASTERO, *Boletín de cristología*, «Scripta Theologica» 17 (1985) 899-904.

nir cohesionados: el presente con sus particulares características responde al pasado y orienta libremente el futuro. Por ello, el hombre tiene siempre la esperanza de procurarse un futuro mejor y de aliviar el sufrimiento que le acompaña como una constante general de su humanidad. La intervención de Dios en la historia, la salvación cristiana, debe ser entonces acción eficaz de Dios sobre ella, acción capaz de alterar la historia personal y colectiva, de juzgarla y orientarla para que sea digna expresión del caminar de la creatura; influjo capaz de darle una salvación que ella misma no posee. Dios, interviniendo en la historia, orienta y conduce al hombre hacia ese futuro mejor al que aspira.

La libre entrada de Dios en el devenir humano, la Encarnación, hace de la historia humana historia de Dios. Al penetrar en el tiempo y en el mundo, el Hijo de Dios introduce al Padre y al Espíritu Santo, quienes no pueden ser ajenos al caminar terreno de Jesús, por las relaciones constitutivas que lo ligan a El. La Trinidad entera se ve por tanto envuelta y se revela en la historia de Jesús de Nazaret, que se puede llamar con toda propiedad, según Forte, historia trinitaria de Dios<sup>25</sup>.

La epifanía visible de esta historia trinitaria es la historia concreta de Jesús, su vida y sus misterios<sup>26</sup> y, especialmente, su Pascua. Forte se detiene sobre todo en tres dimensiones de esta epifanía e ilumina el misterio que contienen: la conciencia filial de Jesús —testimoniada especialmente en el uso del «Abba»— es sacramento del eterno diálogo de comunión intratrinitario; la libertad de los condicionamientos humanos e históricos con que Jesús cumple su misión, trasluce la libertad infinita de donación que hay en Dios; finalmente, la Pascua de Cristo, vista en su doble fase o momento de Cruz y de Gloria, revela el culmen y el modo del amor salvador de Dios.

Llegamos así a la consideración de la Cruz, que en la visión de Forte forma una unidad dialéctica con la Resurrección. En la Cruz, la historia de Jesús, se manifiesta como historia de finitud que termina en el rechazo del pueblo y en la muerte. El Padre deja hacer, no interviene y abandona al Hijo Amado en manos de los pecadores: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). Así, la Cruz aparece como libre impotencia de Dios, como epifanía visible de un momento de abandono y sufri-

---

25. Cfr. B. FORTE, o. c., p. 181.

26. Escribe Forte en la p. 191: «la storia di Gesù è rivelazione della storia trinitaria di Dio, trasparenza mondana del porsi e del proporsi dei Tre nelle varie relazioni fra di loro ed in quelle che attraverso l'Incarnato hanno col mondo».

miento en la historia de Dios. La infinitud de Dios y su trascendencia se revelan en la Cruz *sub contrario*, como finitud, debilidad y abatimiento<sup>27</sup>.

Pero este abandono es un signo salvador. Nos indica que Él ha querido tomar sobre sí la negatividad del mundo, su sufrimiento, para cargar con nuestra historia de dolor y pecado y solidarizarse con nosotros hasta ser el «Totalmente Dentro» al mundo. Es una prueba de amor: Dios, contrariamente a la lógica humana, es capaz de elegir el sufrimiento de la entrega del Amado por nosotros, el abajamiento y el abandono<sup>28</sup>. De este modo, la Cruz es el consuelo «de todos los crucificados de la historia»<sup>29</sup> porque desde ella podemos entender que ninguna condición humana de sufrimiento o de injusticia es indiferente a Dios, que Él la sufre más y por encima de nosotros.

El misterio de la Cruz está unido al de la Resurrección. Necesita de él como polo dialéctico y hermenéutico. También la Resurrección es historia trinitaria de Dios. Dios se revela aquí con su propia figura, en su riqueza de comunión y de donación de cada persona a las otras. Jesús abandonado, que había entregado en la Cruz el Espíritu al Padre, recibe ahora del Padre el Espíritu sin medida, que lo llena de una vida nueva e inimaginable, conforme con su condición divina. Es el reencuentro que supera la laceración de la Cruz. Así, el que en la Cruz se había adentrado totalmente en el mundo, participando en la Pasión de su Hijo del dolor del mundo, muestra ahora su Diversidad y Trascendencia. El Totalmente Dentro se muestra como Totalmente Otro, al tiempo que permanece la constancia de su amor salvador a los hombres. Es el triunfo de Dios sobre el sufrimiento y la injusticia humana

En su conjunto, la Pascua de Cristo constituye una palabra de esperanza. Abre un nuevo futuro al hombre, puesto que Dios ha cargado con la injusticia del mundo y ha mostrado su triunfo sobre ella. La tarea de la Iglesia es anunciar esta palabra, sobre todo mediante la denuncia de los sistemas injustos y con su presencia entre los pobres y los débiles del mundo, a quienes se destina en primer lugar la esperanza.

---

27. Es difícil precisar más lo que Forte quiere darnos a entender con esta idea del abandono y del abatimiento. No se trata, en todo caso, de una real separación en Dios, de una falta de comunión entre el Padre y el Hijo. Forte critica esta tesis de Moltmann en p. 270, lo que hace suponer que, para él, el abandono traduce una forma de sufrimiento en la unidad de la comunión divina.

28. Cfr. B. FORTE, o. c., p. 281.

29. Ibid., p. 282.

b) *Bordoni: la Cruz, revelación del amor fiel de Dios que se ofrece al hombre*

La cristología de Bordoni<sup>30</sup> se coloca también en el marco del pensamiento histórico. El acento, sin embargo, es distinto del anterior porque Bordoni considera inseparables la historia y la escatología. La historia camina hacia la Parusía y la recreación final de todas las cosas (Palingénesis) bajo el influjo de la Resurrección de Cristo y del ofrecimiento de salvación de Dios a los hombres. De igual modo que hay un final en la historia, hay también un centro de ella, un momento decisivo en el plan salvador de Dios: la Pascua de Cristo, el paso de Jesús al Padre a través del doble momento de la Pasión-Muerte y de la Resurrección<sup>31</sup>.

Respecto al significado salvador de la Cruz, Bordoni hace suyas las dos grandes líneas o modelos de la reflexión contemporánea sobre la Cruz: el martirial y el sacrificial<sup>32</sup>. El primero se fija particularmente en la modalidad histórica de la muerte de Cristo, viendo en ella la ejecución del Testigo de la Verdad y de la Justicia<sup>33</sup>. En esta línea, la historia concreta de Jesús, su progresivo enfrentamiento con las autoridades del pueblo de Israel que termina en la condena a muerte, se presenta como martirio del Justo. Se resalta la fidelidad sin cesiones de Jesús a su mensaje sobre el reino de Dios y a su pretensión mesiánica y trascendente.

Desde este punto de vista, la muerte de Jesús está caracterizada con dos dimensiones que son propias también del profetismo veterotestamentario: el aspecto crítico, a través del cual el profeta trata de transmitir al pueblo los designios de Dios y su responsabilidad de cumplirlos, y la función reveladora y consoladora de anunciar la cercanía de Dios y su particular

30. M. BORDONI, *Gesù di Nazaret. Signore e Cristo*, 3 vols., Herder-PUL, Roma 1982-1986. En particular, nos referiremos al volumen III, titulado: *Il Cristo annunziato dalla Chiesa*.

31. La centralidad de la Pascua en el pensamiento de Bordoni hace que toda su cristología se estructure en torno a ella. El autor ha justificado su posición en el primer volumen de su cristología y en M. Bordoni, *La Croce nella struttura epistemologica del sapere teologico*, en «La sapienza della Croce», 4 (1989), 13-29.

32. Estas dos líneas pertenecen ya a la fase inicial de la reflexión soteriológica cristiana. La oposición entre la obra de Dios y la obra de los verdugos de Cristo que encontramos en el discurso de S. Pedro, supone el tema del martirio del justo (cfr. Hech 2, 23-24), mientras la fórmula primitiva «murió por nuestros pecados, resucitó para nuestra justificación» (Rom 4, 25) incoa la expiación sacrificial. Para una explicación más detallada se puede consultar L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, Du Cerf, Paris 1951, p. 22-26.

33. Cfr. M. BORDONI, o. c., vol III, pp. 475-498.

premura con Israel. Ciertamente, en el Antiguo Testamento la misión profética termina con frecuencia en persecuciones e, incluso, en el martirio del profeta por sus enemigos. Aplicando este modelo a Jesús, la teología contemporánea ve en la Cruz el culmen definitivo del profetismo, el acontecimiento que juzga y revela definitivamente el mal y testimonia la cercanía amorosa de Dios.

Evidentemente, tanto la función crítica como la testimonial-reveladora, adquieren sentido pleno desde el momento de la resurrección, momento exclusivamente divino, apocalíptico, por medio del cual Dios Padre responde a los dos aspectos de la Cruz: al aspecto crítico justificando triunfalmente a Cristo y manifestando su juicio sobre el mal; al testimonial, exhibiéndose como amor que salva, que resucita a Cristo y lo constituye en causa de salvación, en el Espíritu, para toda la humanidad. De este modo, el Resucitado, Viviente por los siglos, ofrece su salvación personalmente a todos los hombres hasta la definitiva consumación y recreación del cosmos.

Esta línea martirial se prolonga y completa con el segundo modelo soteriológico: el sacrificial. Mientras aquél se fijaba sobre todo en la historia concreta de Cristo, el modelo del sacrificio expiatorio considera principalmente la relación intrínseca de salvación que establece Dios con el hombre. Lo característico aquí es que el Amor misericordioso de Dios libra al hombre del pecado desde la interioridad del hombre mismo. Bordoni, al exponer este modelo<sup>34</sup>, toma en préstamo ideas de otros autores —en particular de Von Balthasar— pero lo corrige según su propia visión, que describimos a continuación.

La Pascua de Cristo, el paso de Jesús al Padre, es la máxima revelación de Dios y de su relación con el hombre y su destino. La Pascua es salvadora porque Dios, mediante su kénosis y abajamiento, se revela como Amor absoluto y como oferta radical del amor y de la vida que posee. Contrariamente a Forte, Bordoni no sigue la corriente del pensamiento dialéctico; no se trata de que Dios se revela «*sub contraria specie*», ni de un impreciso abandono en la historia interna a Dios; en la Cruz, Dios se muestra tal como es: como la pureza de la comunión trinitaria y del amor, capaz del ofrecimiento de la propia vida por quienes la rechazan.

En efecto, Jesús, al ofrecer la vida por sus enemigos, nos da el ofrecimiento total y absoluto de la Trinidad. El amor del Padre resplandece en

34. Cfr. *ibid.*, 498-536.

la donación gratuita del Hijo Amado, en la que tiende a exteriorizar su Paternidad a los hombres. A su vez, el Hijo manifiesta su unidad con el Padre, su fidelidad y amor, obedeciendo libremente a su querer. Igualmente, el Espíritu Santo se revela también en la Cruz. Se muestra como fecundidad en Dios, o mejor, como tendencia expansiva y comunicativa del Amor paterno-filial de la Cruz. La Resurrección y la efusión de Pentecostés son el signo de la difusión en la historia del amor de la Cruz, de la comunión eterna y trascendente del Padre y el Hijo. El Espíritu Santo, entonces, nos es dado como vía de comunicación de la caridad trinitaria a nosotros, para nuestra renovación (segunda creación); particularmente, como vía a través de la cual Jesús Resucitado se comunica personalmente con los hombres.

Queda por ver por qué Bordoni adscribe este modelo explicativo a la idea bíblica de la expiación sacrificial. Según él, la noción de expiación debe ser colocada dentro del gran tema bíblico de la Alianza y liberada de los restos de juridicismo que ha contraído en ámbitos culturales precedentes al nuestro. Así encuadrado, el tema del sacrificio no se refiere a la idea de la reparación compensatoria por el pecado porque, en el cuadro de la Alianza, la justicia de Dios es su fidelidad misericordiosa a sus promesas, que no necesitan para realizarse de la fidelidad del hombre ni de su reparación por el pecado. Dios interviene en la historia agraciando el pasado y orientando el futuro, para empujar a los hombres y al pueblo elegido a realizar en él los designios y el querer de Dios<sup>35</sup>.

Desde esta perspectiva el acento cae en la trascendencia, santidad y gratuidad de Dios, que no tiene en cuenta el pecado humano, sino que renueva sin condiciones su Alianza con el hombre. Pero, ¿qué papel tiene, entonces, el ofrecimiento de la vida y el dolor humano de Cristo? Bordoni responde que el dolor se origina por la condición finita que Cristo ha asumido y por la resistencia que esa condición pone al cumplimiento de la voluntad del Padre. La carne finita y contingente lleva en su propia esencia la tendencia (amor) hacia sí misma, el «eros» que se opone al «agápe» de Dios: «la entrada del «agápe» de Dios, como generosidad y pro-existencia absoluta, genera en el mundo humano el drama de una lucha, de una resistencia por parte del ser humano autosuficiente y satisfecho de sí»<sup>36</sup>. Jesús, venido en «carne semejante a la del pecado», debe también abrir su propia

---

35. Cfr. *ibid.*, p. 507.

36. *Ibid.*, p. 517.

carne humana al designio amoroso de Dios, vencer en sí mismo la resistencia de la carne al plan del Padre.

De este modo, para Bordoni, la expiación sacrificial de Cristo es la purificación necesaria para que en Él pueda revelarse plenamente el amor de Dios y ser ofrecido a la humanidad entera hasta el final de la historia. Bordoni propone por eso traducir el lenguaje de expiación, que juzga poco comprensible en nuestra época, con el concepto de purificación. El cristiano, siguiendo a Cristo, debe recorrer un camino de purificación personal y comunitario, para corresponder cada vez más a la oferta amorosa del Padre, realizada en el Hijo y en la potencia expansiva del Espíritu Santo. Solo así alcanza la verdadera libertad y supera sus condicionamientos egoístas. Para consentir al hombre la edificación de sí mismo por el camino de la purificación, Dios se le ha revelado como Amor sufriente en la Cruz; para transformarlo en una nueva existencia en el amor, Dios se le ha revelado como dador de vida en la Resurrección.

En resumen, en la propuesta de Bordoni, la Cruz muestra el juicio definitivo de Dios sobre el bien y el mal de la historia, testimonia su amor y su misericordia hacia nosotros, revela su vida interna en la lucha victoriosa de Cristo y nos la ofrece impulsándonos por el camino de la purificación interior para acogerla. Hay, como se ve, una notable riqueza de significados.

c) *Coda: la Cruz, manifestación del Agápe de Dios*

La «Breve cristología» de Coda<sup>37</sup> madura, como la de Bordoni, en el ámbito de la Universidad Lateranense. Siguiendo a Bordoni, Coda piensa que el misterio pascual es el lugar central de la dogmática, el núcleo de acceso a los demás campos: la escatología, la protología, la teología, la antropología y la eclesiología. Dentro de la Pascua, el primado corresponde a la Resurrección, que es el elemento «positivo» hacia el que Dios quiere dirigir nuestra atención. De todos modos, también la Cruz tiene un gran relieve en su cristología.

Su visión de la Cruz se mueve en dos direcciones principales: la primera acentúa la revelación de Jesús como amor que se dona sin reservas (Agápe), mientras la segunda evidencia —quizá en modo excesivamente pobre— su papel en la superación del pecado.

37. P. CODA, *Dio tra gli uomini: breve cristologia*, Piemme, Casale Monferrato 1991.

En presencia de las particulares circunstancias que surgen con motivo de su misión, Jesús comprende la relación entre el amor y la entrega de sí mismo: «quien pierda su vida la encontrará» (Mc 8, 36). Amar es darse, vaciarse de sí mismo por los demás. Pero ante el rechazo del pueblo de Israel, la entrega puede comportar el sacrificio, la donación de la propia vida: «nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus ovejas» (Jn 15, 13). La vida de Jesús aparece de éste modo marcada en profundidad por su entrega, de modo tan radical que se puede hablar de existencia en favor de los hombres, de proexistencia, y por tanto, de ilimitada fidelidad al Padre y solidaridad con los hombres. Porque vive para el Padre, Jesús se adhiere hasta el final a las consecuencias de una vida según la voluntad y los designios del Padre; porque vive para los hombres, en solidaridad con ellos, Cristo no los abandona a pesar del conflicto que surge con los jefes del pueblo. La Cruz es, entonces, la cima y el desenlace de esta actitud de Jesús. En ella, se da una especie de círculo hermenéutico, donde el amor sin reservas de la vida de Cristo le conduce a la entrega hasta la muerte, y ésta, a su vez, sigila y revela el amor de su vida.

Pero, por otra parte, tanto el Señor como la primitiva comunidad ponen en relación su muerte con los pecados de los hombres y no sólo con el pecado de los que lo entregaron a la muerte: «Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras», dice S. Pablo (1Cor 15, 3). Esta relación entre la universalidad del pecado y la muerte de Jesús estaba ya incoada en el Antiguo Testamento, particularmente en los poemas del siervo de Jhwh: el siervo sufriente —nos viene a decir Isaías— mostrándose fiel al proyecto de Dios, consigue que Israel comprenda su pecado y se convierta a su Dios. Jesús ciertamente se ha aplicado a sí mismo esta figura —en particular en la última Cena— poniendo la base de una interpretación sacrificial y expiatoria de su muerte por los pecados de los hombres. El problema es cómo entender la expiación sacrificial de Cristo. Sin duda, no como una obligación de morir para cumplir la justicia punitiva del Padre por los pecados, pues, en definitiva, el mismo Padre carga con el peso del pecado dándonos a su Hijo amado. Se trata más bien del acto de participación de Cristo inocente en la solidaridad con el hombre pecador. Esta participación hunde sus raíces en el designio creador de Dios, en el cual «Cristo, Cordero sin defectos y sin mancha fue predestinado ya antes de la fundación del mundo» (1Pt 1, 19-20). Es, en definitiva, en el misterio de Dios, que es Amor, Agápe<sup>38</sup>, donde hay que buscar las raíces del sacri-

---

38. El autor ha trabajado recientemente esta categoría en su libro, *L'agápe come grazia e libertà: alla radice della teologia e della prassi dei cristiani*, Città Nuova, Roma 1994.

ficio de Cristo<sup>39</sup>. Coda, sin embargo, no avanza mucho más allá en su Cristología.

### 5. *Valoración comparativa y crítica*

Hasta aquí hemos procurado exponer las propuestas de sistematización del valor salvador de la Cruz, agrupándolas en dos grandes corrientes o bloques; el primero más inclinado a relacionar la salvación con la obra mediadora de Cristo, el segundo, en cambio, más dispuesto a subrayar la obra del Dios Trino que se revela en Cristo. Ahora tratamos de realizar una breve comparación entre los dos bloques. La limitamos a algunos puntos esenciales, aún corriendo el riesgo de simplificar excesivamente.

1. Hay en primer lugar una cierta diferencia de acentuación en la consideración de Cristo Salvador. La primera corriente valoriza más la aportación de Cristo *verdadero y perfecto hombre*, en la realización de la Alianza; Cristo, a través de su humanidad asumida, comunica a los hombres el amor de Dios y, a su vez, se entrega totalmente a Dios en la Cruz. Jesús es el protagonista (en su humanidad) de la acción salvadora de Dios y ante Dios. La segunda corriente acentúa la *Persona de Cristo*; es el Hijo de Dios el que cumple la obra salvadora, por lo que ésta queda vinculada al ámbito de lo personal en Dios, de las relaciones intradivinas. La vida y destino de Jesús, su humanidad, revelan la vida trinitaria y la voluntad divina de comunicarla al hombre. La Cruz de Cristo es el medio que manifiesta (Forte) o posibilita (Bordoni) la plena revelación salvadora de la Trinidad.

2. Esta diferencia de acentos introduce una neta discrepancia en el modo de ver el sacrificio de Cristo y su relación con la salvación. En el primer caso, el sacrificio tiene su centro en la plena fidelidad de Cristo, Hijo *Encarnado*, al querer del Padre<sup>40</sup>, y por eso es reparación del pecado y glorificación de Dios: «en el sacrificio de Jesús —dice Lavatori—, el Hijo mismo expresa a Dios todo su amor a través de la naturaleza humana unida a Él, y, a la vez, el hombre, unido hipostáticamente al Verbo, da al Pa-

39. Cfr. P. CODA, *Dio tra gli uomini...*, o. c., p. 234. Coda siguiendo a Bulgakov dice que también en Dios «no hay don sin sacrificio de sí», aunque en este caso se trata de un sacrificio de alegría y gloria.

40. Aquí se plantea la cuestión de cuál es el objeto concreto del querer del Padre respecto la Pasión de Cristo. El tema no se analiza, por lo general, en estos manuales aunque suele estar de algún modo resuelto.

dre la adoración y obediencia debidas»<sup>41</sup>. Para la segunda corriente, en cambio, el sacrificio de Cristo manifiesta el carácter «donal» de las Personas divinas, por el don que el Padre hace del Hijo a los hombres y que el Hijo hace de sí mismo a los hombres y al Padre. Esta donación se orienta a hacer partícipe al hombre de la comunión trinitaria; es desinteresada<sup>42</sup> y, por tanto, instaura la Alianza de modo gratuito e incondicionado. Se desecha entonces la idea de una reparación. Así, para Bordoni, una correcta noción bíblica de justicia de Dios, en el marco de la Alianza, «tiende a superar el horizonte de una reparación del pecado (...). La promesa que la fidelidad-justicia de Dios cumple no se encierra en un pasado que hay que reparar, sino que se proyecta hacia un futuro que hay que realizar de acuerdo con la intención divina originaria»<sup>43</sup>.

3. Hay una diferente preocupación por lo histórico en las dos corrientes. En la primera se tiende a considerar menos la relación entre la Cruz y la historia humana, y el valor salvador de la Cruz no emerge inmediatamente de la historia concreta de Cristo —del enfrentamiento de Jesús con los jefes de Israel y de su proceso—, sino que se media a través de otras categorías. Por ejemplo, el sufrimiento, la humillación y el ofrecimiento de Cristo al Padre, que forman parte del acontecimiento de la Cruz, cristalizan en la idea de reparación por los pecados que es la que explica inmediatamente el valor salvador de la Cruz. En la segunda corriente, en cambio, la historia humana es un problema que hay que resolver, y se busca hacerlo dándole un sentido, a la luz del puesto central de la Pascua en el plan salvador de Dios y de la unidad entre creación, resurrección y escatología final. Del mismo modo, se busca desentrañar el sentido teológico de la concreta historia de Jesús, de su proceso y enfrentamiento con el poder religioso de la época. Los tres autores de este segundo grupo ven en el destino pascual de Jesús el «no» de Dios al pecado y a la injusticia y su «sí» a lo que Cristo enseñó y vivió.

4. Finalmente nos hemos encontrado en esta segunda corriente con algunos elementos que merece la pena examinar:

a) Para Forte, la Cruz es signo del dolor y de la laceración que asume Dios en su vida trinitaria, mientras la Resurrección es el «reencuentro

---

41. R. LAVATORI, o. c., p. 390.

42. No sólo porque de ella se beneficia únicamente el hombre, sino también por el carácter 'donal' de las personas: porque siendo la comunión divina entrega total e incondicionada de las Personas entre sí, sólo podrían ser donadas al hombre gratuitamente.

43. M. BORDONI, o. c., vol. III, p. 507.

trinitario» que muestra el triunfo de Dios sobre el mal. Así, la historia de Jesús coimplica la Trinidad entera y se convierte en historia de Dios. Pero este paso no es tan sencillo. Cristo está sometido a la historia por su Encarnación, y participa de lo histórico por la asunción de una naturaleza humana. Por esto, la historia de Jesús es la historia de Dios en la tierra. Pero aplicar sin más, sin la mediación de una analogía claramente explicada, las categorías de lo histórico a la Trinidad divina es correr el peligro de presentar un Dios en evolución y en sucesividad, un Dios, en definitiva, cuya vida trinitaria está ligada al acontecer del mundo. Pero, ¿por qué tendría Dios que atar su eterna vida trinitaria al mundo? ¿No es suficiente para salvar el mundo con que la revele y comunique mediante el Hijo Encarnado? No se ve la necesidad de introducir en Dios el mal del mundo, sino más bien de introducir en el mundo la vida de Dios. No es necesaria una historia trinitaria de Dios; basta la historia humana del Verbo Amado del Padre.

b) Serenthà subraya el aspecto descendente de la categoría «sacrificio» y, viendo en el don del Hijo el don mismo del Padre, considera el sacrificio de Cristo como entrega del Padre a los hombres, como un sacrificio del Padre por ellos. Pero aquí hay que tener cuidado con el lenguaje. No se puede hablar en el mismo sentido de sacrificio de Cristo —que ofrece sus sufrimientos al Padre en favor de los hombres— y de sacrificio del Padre —que entrega a su Hijo por nosotros—. En el primer caso se trata de la libertad humana y de los sufrimientos humanos de Cristo, que son divinos porque la humanidad pertenece al Verbo; en el segundo, la acción del Padre que entrega a su Hijo Amado a la muerte se carga de acentos de ternura y se habla simbólicamente de un sacrificio del Padre<sup>44</sup>. Estos dos gestos no son la misma cosa. No se puede identificar este «sacrificio» del Padre con el de Cristo puesto que Cristo ofreció su sacrificio al Padre<sup>45</sup>. No se puede identificar el eterno designio salvador del Padre en la Cruz con el acto humano libre de Jesús, por el que se entregó al querer del Padre y al que dió un sentido sacrificial.

c) En cuanto a la posición de Bordoni sobre la expiación de Cristo, ésta es consecuencia de la condición en que se encarna Cristo, de poseer

---

44. En esta línea se mueve S. Pablo cuando contempla el gesto Paterno de Dios que entrega a su propio Hijo, a la luz del sacrificio de Isaac. En aquella ocasión, Dios se compadeció de Abraham y le ahorró el sacrificio. En cambio, S. Pablo habla de Dios mismo en estos términos: «el que no se ahorró (=epheísato) a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará junto con Él todas las cosas?» (Rom 8, 32).

45. CONCILIO DE TRENTO, Ses. XXII, Cap 1 (DS 1740).

la carne de Adán en lugar de la carne gloriosa que adquirió con la Resurrección. Expiación significa, entonces, purificación de la condición terrena y caduca de la humanidad de Cristo y no reparación por los pecados, pues Dios no necesita una reparación. Esto último es cierto: Dios no necesita que el hombre repare sus faltas para agradecerlo, pero también es verdad que el hombre sólo puede expresar su amor a Dios de forma humana. El lenguaje del amor humano no puede prescindir de lo humano y, por eso, el don de Dios que justifica al hombre y le concede un corazón nuevo suscita en él el afán de reparación por el pecado<sup>46</sup>. La plenitud de justicia e inocencia de Cristo, su conocimiento del amor del Padre a los hombres y de la malicia de su libre rechazo a Dios, son motivo suficiente para hablar de una reparación, que es reparación al amor y suscitada por el amor<sup>47</sup>. Por otro lado, esta idea hace justicia a toda la corriente escriturística que, desde Jesús, contempla la Cruz como el cumplimiento de la figura del Siervo sufrido que carga y expía el pecado de todos.

#### 6. *Conclusión: la Cruz, donación de Dios y sacrificio de Alianza*

En el apartado precedente han aparecido una serie de tensiones en el modo de presentar el valor salvador de la Cruz. Simplificando bastante, hemos distinguido dos tendencias y hemos constatado una cierta diferencia de acentos: Cruz de Dios o Cruz de la humanidad de Cristo, donación sacrificial de Dios u ofrecimiento humano de reparación, revelación de Dios que se realiza en una historia de salvación o instante que da la vuelta a la relación religiosa entre el hombre y Dios. La Cruz parece ser todo eso a la vez.

En realidad no puede haber una verdadera tensión entre los aspectos humanos y divinos de la salvación, no puede haber competencia entre Dios y el hombre, puesto que sin Dios no es posible una verdadera plenitud humana. En el caso de Cristo su filiación divina es la fuente y el rasgo característico de su perfección humana. El Hijo Eterno hace suya en todos los niveles la humanidad que asume, imprime sobre todo en ella su carác-

---

46. Cfr. B. SESBOÛE, *Jesucristo, el único mediador: ensayo sobre la redención y la salvación*, vol 1, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990, p. 325-326; F. BOURASSA, *Redenzione e sacrificio*, LEV, Roma 1990, 193.

47. Juan Pablo II, habla de satisfacción de Cristo al amor Paterno de Dios, que se funda en el amor del Padre y del Hijo y fructifica en el amor a los hombres. Cfr. *Redemptor Hominis*, 9; *Dives in Misericordia*, 7.

ter filial; mientras, por su parte, lo humano presta su forma al Verbo, limitando y circunscribiendo la eterna plenitud filial en dimensiones concretas de humanidad. Así, Jesús, este hombre concreto y singular, es el Hijo Eterno del Padre.

Esto significa que los actos de Cristo, su vida y destino, existen sólo como don de Dios a los hombres: como generación del Hijo en una naturaleza humana y como donación al Generado del Espíritu que procede del Padre. La vida de Cristo es, entonces, revelación de su Filiación divina y, en ella, de la Paternidad de Dios en el Espíritu. Pero en ningún momento se revela esto mejor que en la Cruz. Aquí se manifiesta que la vida de Dios es vida de comunión y que la salvación del hombre es la donación por parte de Dios de esa vida.

En la Cruz, el Padre entrega totalmente a su Hijo a los hombres (Rom 8, 32) a la vez que Jesús se entrega al Padre con toda la pureza del amor. La brutalidad de la turba que le crucifica y la humillación que padece no hacen sino mostrar con claridad la generosidad del don del Padre y la pureza del amor y de la entrega del Hijo. A través de ella, el carácter filial que contrasella la humanidad de Cristo desde su concepción, la penetra en la Cruz hasta su raíz más profunda. Jesús muestra en sus padecimientos la profundidad humana de su Filiación divina (cfr. Heb 5, 9). Al mismo tiempo, la entrega de Cristo al Padre sólo es posible en el Espíritu, que el Padre ha donado a Jesús y que Jesús dona a los hombres. San Juan lo ha comprendido muy bien cuando indica que Jesús entregó el Espíritu Santo en el momento de la muerte (Jn 19, 30=*paredóken to pneuma*)<sup>48</sup>: entrega a los hombres el principio divino que le ha permitido vivir la filiación durante su vida y en la prueba de la Cruz.

No se trata ahora de proseguir por este camino que muestra la Cruz como donación trinitaria y ofrecimiento de la vida de Dios al hombre, sino de aliviar las tensiones a que antes aludíamos. La donación de la Trinidad al hombre se concentra en Cristo. En Él, la filiación es vivida humanamente en plenitud. El donarse de Dios a la humanidad concreta del

---

48. La expresión parece significar a la vez la muerte de Jesús y la entrega del Espíritu Santo a los hombres. Esta es la opinión de la mayoría de los exégetas, que se funda tanto en la novedad de la expresión que S. Juan elige para este momento, como en la concordancia con los simbolismos de su Evangelio. La expresión es original: no se encuentra, aplicada a la muerte, ni en la antigüedad ni en el resto del Nuevo Testamento, y enlaza plenamente con la línea joánica del Espíritu como fruto del tránsito de Cristo al Padre. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *La Passion de Jésus selon l'évangile de Jean*, Du Cerf, Paris 1986, pp. 178-181.

Salvador no anula en Cristo lo humano, sino que lo potencia y determina en la dirección de la filiación. Y, por eso, necesariamente en la dirección de la fraternidad y de la solidaridad humanas, para que Dios sea verdaderamente «Padre nuestro». Por su Encarnación, el Hijo Unigénito recibe la misión de llegar a ser Primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 29).

Desde esta perspectiva, más centrada en los aspectos humanos, la Cruz es el momento definitivo de la vuelta de la humanidad al Padre y de la Nueva Alianza. Si en la Cruz la Trinidad se ha dado a los hombres hasta límites inimaginables, es cierto también que los hombres la han rechazado. Por eso la donación de Dios enlaza con el sacrificio de la Alianza, porque Cristo, desde su posición de Primogénito, tiene que salir al paso del pecado, del rechazo del don. Ahí está el sacrificio, la reparación y la glorificación del Padre. Son dimensiones de la respuesta de Cristo al pecado, al rechazo del amor Paterno de Dios que Cristo percibe en los hombres, al significado de muerte y de frustración del don que el pecado lleva consigo. No es posible que las dimensiones humanas que encarnan la filiación divina de Cristo queden inactivas en el momento de la Cruz, y por eso, el que ha sido constituido por el Padre en hermano de los hombres lleva en su nombre la adoración filial y la petición de perdón (Lc 23, 34).

De este modo, el sacrificio de la Alianza surge del donarse de Dios a la humanidad de Cristo, de su mismo acercarse en ella a los hombres, mientras por su parte, el sacrificio de Cristo extiende a la historia humana, marcada por el pecado, esa misma donación y comunión. La Cruz se sitúa así en el punto neurálgico de la salvación: en el centro del don que fecunda la respuesta y de la respuesta que radica el don en la historia. Por medio de ella la Trinidad se hace salvación del hombre.

Antonio Ducay  
Pontificio Ateneo della Santa Croce  
ROMA